

de agosto, el Consejo de Ministros, a propuesta del ministro del ramo, aprobaba la autonomía para el puerto de Barcelona, declaración "de iure" de una situación que "de facto" ya era así. El puerto de Barcelona tiene como rector máximo a don Ramón Guardans, yerno de Cambó, personaje de cabecera de un sector de la burguesía catalana, circulante en las listas de rumores para sustituir a Joaquín Viola en la Alcaldía de Barcelona.

Ha tenido que ser desde la población de El Prat desde donde se haya denunciado que la tal autonomía del puerto de Barcelona no es más que una muestra de su histórica debilidad al seguir imitando, aunque tarde y mal, el ejemplo de los dos grandes puertos del Mediterráneo que siempre le han servido de modelo, Marsella y Génova, que en su día también obtuvieron la autonomía financiera.

Pero la autonomía financiera del puerto de Barcelona, según se denuncia en un editorial de la revista "Delta", de El Prat de Llobregat, no podría exhibir su autofinanciación de no ser por las extracciones de áridos procedentes de la construcción tierra adentro de una nueva dársena para el puerto que no sólo deja estupefactos a los técnicos holandeses que ocasionalmente han comprobado cómo el mar gana terreno en un país como el catalán en el que va escaso, con lo fácil que resultaría ganar terrenos al mar, sino que, además, ha contribuido a salinizar el embalse de agua dulce Sub-Alvea, que existe bajo la llamada zona franca del puerto en el que está enclavada la factoría Seat.

Gracias a los trabajos de la Junta de obras del puerto, que preside don Ramón Guardans, y a la salinización que ha provocado, la Seat ya no puede extraer a bajo precio agua dulce del Sub-Alvea, con el consiguiente regocijo de la distribuidora, Sociedad General de Aguas de Barcelona.

Pero de todo esto, el Ministerio de Obras Públicas no sabe o no contesta, como en las encuestas. Y se conforma con conceder la "autonomía" que en este caso resulta ser una "autonomía-ful", porque mientras el señor Guardans siga siendo producto del dedo oficial, mientras el Gobierno tenga un delegado en la zona franca barcelonesa y todavía nombre otro "delegado del Estado" para el control del puerto, es posible hablar de cualquier cosa menos de autonomía. Menos mal, también en este caso, que ni la Generalitat ni los partidos se han dado cuenta del tema, y Garrigues se ahorra así un nuevo contencioso en Cataluña, que bastante agobiado debe andar con los otros, hasta el punto de que necesita evadirse por provincias más pacíficas. ■

¿Quiere usted escuchar conmigo?

ANTON AMARGO

Si de acuerdo con los vagos y jamás escritos principios del humanismo callejero, mamado entre hambres de posguerra y gente marginal, uno ha defendido siempre el principio de que cualquier ciudadano, por desagradable que sea, tiene derecho a la vida, podrá defender ahora, sin parecer sospechoso, el derecho subsidiario o de menor rango a que todo sujeto sea escuchado. ¿OK, babies? Entonces, si ello es así, ¿a qué viene ese escándalo de las escuchas telefónicas, removido de manera intempestiva y alocada por una revista catalana, y a qué conducen las altisonantes palabras y declaraciones de diversos periódicos pidiendo el esclarecimiento de responsabilidades en este, a su juicio, turbio asunto? Tales actitudes sólo son explicables en una publicación que carece de experiencia y en unos periodistas que, de repente, se han encontrado encerrados, sin nada en la cabeza, con el único juguete de la libertad. Y todos, como pobres epilépticos, han comenzado a bailar el rock duro de la renuncia y de la inflexión. Pero mi caso —como quizá el suyo, caballero— es muy otro: yo quiero ser escuchado. Cuando, gracias al milagro de la democracia, todas las gentes de España saben que son escuchadas y que ni una sola voz deja de ser oída; cuando todo el mundo —desde el ministro de Hacienda al productor de bodrios cinematográficos, desde la central sindical al diputado y la joven y succulenta estrella— es escuchado por quien tiene poder y aparatos para ello, yo proclamo solemnemente que estoy dispuesto a ejercitar el derecho de mi teléfono a ser auscultado con esos refinados y maravillosos productos de la electrónica moderna y a defender hasta el límite el principio de igualdad de oportunidades. Pago mis impuestos y quiero ser como la inmensa mayoría de los españoles, como mi amigo Vicente, sin ir más lejos, que anda por la oficina, desde hace meses, con una cara que vende felicidad.

—¿Anoche también? —le pregunté no hace mucho con mal disimulada envidia.

Vicente estudió la respuesta con un gesto vago, se inclinó sobre la mesa, dejando mis pulsos suspensos en la navaja de la angustia, y luego me miró con un sentimiento de piedad que aún me traspasa:

—Ya te llegará —me dijo—. Ten paciencia.

—¿Estás seguro?

A modo de respuesta, me explicó cómo sería el feliz momento:

—Cualquier día tomarás el teléfono y oírás al fondo unos ruidos secos, vibrantes, inconfundibles. Eso querrá decir...

Y se detiene en lo mejor.

—Qué, leche, dilo, ya.

—¡Que te están escuchando, Antón!

Pero pasaban los días y los ruidos anunciados por Vicente no llegaban. Mi psicosis de ansiedad había alcanzado tales y tan desagradables límites que mi pobre mujer imitaba los sonidos de la escucha desde el supletorio o hacía falsas y gritonas llamadas desde la peluquería. Pero, en el fondo, siempre supe que jamás me tendrían en cuenta. A comienzos de septiembre, aprovechando la circunstancia de que el señor Martín Villa y yo habíamos trabajado en la misma empresa —a cierta dis-

tancia del escalafón, ciertamente, pero nadie podía negar, y menos él mismo, que largaba unos discursos preciosos por Navidad, que habíamos sido compañeros, años atrás—, me decidí a visitar, de manera absolutamente privada y apócrifa, a nuestro ministro del Interior. Le expliqué con absoluta sencillez, tal y como es Rodolfo, lo que me pasaba.

—Escucha, Rodolfo: tengo la impresión de que soy el único español a quien no se le graban sus rollos telefónicos.

Le encontré de buen humor. En mal momento público, pero de excelente humor: lo que se dice, en el mejor de los sentidos, hecho un verdadero animal político.

—Lo primero que tienes que hacer es dejar la oficina y llegar a presidente del Gobierno —dijo—. Te escucharían hasta la respiración.

—Me queda un poco lejos el puesto.

—O, por lo menos, a ministro del Interior.

—Un cargo duro, ingrato. Déjalo para Múgica, que le hace más ilusión. Ya tú sabes que no tengo carácter.

—¿Y diputado? —preguntó, ajustándose las gafas sobre la nariz—. ¿No podrías conseguir un acta de diputado?

No podía seguirle por el camino dialéctico que, con gran bonhomie, me trazaba este hombre alegre, de palabra fácil y concepto cristiano.

—Mi mujer, aunque intenta ayudarme, me desprecia —le dije—. Mi suegra ha visto confirmado su diagnóstico acerca de mi inutilidad. Mis hijos me confiesan que se sienten diferentes. ¡Escucha mi teléfono, Rodolfo!

—No depende sólo de mí —dijo, al otro lado de la mesa, cruzando las manos y haciendo girar los pulgares como aquel jesuita de mis confesiones juveniles.

Algo de eso sospechaba yo, a juzgar por lo que se murmura en la planta baja, sección "gay", de Boccaccio, y en los círculos insolventes del Madrid político. Pero Rodolfo prometió ocuparse de mi caso, "...por lo menos, o cuando más —dijo, con su habitual claridad—, no en menor medida, en lo posible, de la atención que por quien corresponda se le ha dispensado o no, según los casos, a las artistas de variedades y a los agentes de seguros. En cierto modo, podrás reconciliarte con tu mujer, si ella lo desea, y al propio tiempo respetar la libertad de expresión de tu suegra, que si no puede ser contemplada en términos absolutos, tampoco puede ser ignorada por un Estado de derecho, en el modo y manera que las leyes recogen, en su caso". Estaba clarísimo. Y en eso estábamos cuando la revista tuvo la genial ocurrencia de denunciar el viejo tema de las escuchas. Rodolfo ha contraatacado desde el Ministerio: el Cuerpo policial está por encima de toda sospecha, y las cintas grabadas son obra de aficionados efectuadas desde vehículos, y no en las dependencias de los Servicios de Seguridad. Los periódicos piden responsabilidades. El rudo ibero, según costumbre, jamás sabrá quién mueve los hilos de la trama. Y en medio de la gran ceremonia de la confusión, aquí me tienen, con estos pelos, mirando el teléfono y aguardando, me temo que inútilmente, a ser escuchado por alguien. Aunque sea por un aficionado. ■